

Rev. do Museu de Arqueologia e Etnologia, São Paulo, 8: 3-14, 1998.

DEL ELEFANTE Y OTRAS MARAVILLAS DE LA REALIDAD: LAS ARQUEOLOGÍAS DEL SOLIPSISMO Y LA ARQUEOLOGÍA COMO CIENCIA SOCIAL*

Oscar Manuel Fonseca-Zamora**

FONSECA-ZAMORA, O.M. Del elefante y otras maravillas de la realidad: las Arqueologías del Solipsismo y la Arqueología como Ciencia Social. *Rev. do Museu de Arqueologia e Etnologia*, São Paulo, 8: 3-14, 1998.

Resumo: Este trabalho discute as diferentes tendências teóricas da arqueologia atual. Se preocupa em entender as novas propostas e seus oferecimentos. Parte da experiência prévia do autor, que entende a arqueologia como Ciência Social. Os interesses dos pesquisadores e as condições econômico-sociais do mundo de hoje, promovem uma arqueologia do solipsismo sem consciência social, sem clareza sobre a função que deve cumprir. No debate atual, é na realidade uma polêmica que podemos considerar superada, a do idealismo versus materialismo no método científico. O solipsismo do qual falamos, faz referência a que, no ambiente de anarquismo e relativismo em que se enquadram as chamadas “novas tendências na arqueologia”, se promovem os interesses e as incapacidades individuais sobre os da arqueologia científica.

UNITERMOS: Arqueologia – Teoria – Metodologia – Ciência Social – Posmodernismo – Idealismo/Materialismo.

Introducción

La arqueología, en diferentes partes del mundo, ha sido concebida y practicada de maneras diferentes. Las distintas realidades socio culturales que enmarcan su práctica, nos permiten entender las diferencias. Sin embargo, nos llaman la atención los múltiples nombres que han aparecido en los últimos años: arqueología conductual (Shiffer

1976); arqueología del paisaje (Rossignol y Wandsnider 1992); arqueología distribucional (Ebert 1992); arqueología crítica (Leone, Potter y Shackel 1987); arqueología feminista y de género (Preucel y Hodder 1996, Spector 1996); arqueología post-procesual (Hodder 1996, Shanks y Tilley 1988); arqueología post-moderna y post-estructuralista (Bapty 1990, Bapty y Yates 1990, Hodder 1991); arqueología cognoscitiva (Renfrew 1994); arqueología interpretativa (Tilley 1993); arqueología del capitalismo (Leone 1995); etnoarqueología (Oswalt 1974).

Hace un tiempo, publicamos nuestra posición sobre la arqueología (Fonseca 1988, 1989) utilizando para ello tres aspectos, a nuestro juicio, esenciales para definir cualquier disciplina; el objeto de

(*) Trabajo Preparado para la Mesa Redonda: *Nuevas teorías de la Antropología Actual*, de la Maestría Centroamericana en Antropología, Agosto 1998.

(**) Universidad de Costa Rica, Instituto de Investigaciones Sociales, Sección de Arqueología.

estudio o conocimiento, el objeto de trabajo y la función o pertinencia social. Estuvimos de acuerdo con otros autores, entonces, en que la arqueología es una ciencia social y que, por lo tanto, estudia el fenómeno humano, utiliza para ello los restos materiales dejados por la dinámica de dicho fenómeno, y pone los resultados del estudio del pasado al servicio de la continuidad histórica, de la conexión de ese pasado con el presente.

Los diferentes componentes de la disciplina son, esencialmente: la teoría, el método, las técnicas, los datos sustantivos o resultados acumulativos de la investigación y la acción de común acuerdo con la sociedad. Sin embargo, podemos encontrar diferencias en la manera como se puede mirar a la arqueología o a los objetivos que se desean cumplir con su práctica, llegando incluso a presentarse el interés en negar la disciplina misma. Pero, la arqueología, para nosotros sigue siendo la disciplina de la Ciencia Social que hemos comentado al principio. Sin que esto quiera negar la posibilidad de cambios en sus diferentes componentes.

Nos preocupa que se reclame la existencia de varias arqueologías. Pues, por principio de realidad, una cosa no puede ser otra de lo que ella misma es; tal vez son los arqueólogos los que han creado, como ejercicio fantástico de su creatividad intelectual, un polifacético elefante que nos recuerda aquel que fue descrito por los ciegos:

“...Un gran rey llegó a pasar por allí, ... Iba montado en un enorme elefante. Los ciegos lo supieron y, como habían oído hablar mucho acerca de los elefantes, los impulsó el deseo de ir a tocar el animal fabuloso, para así formarse una idea de cómo era. Suplicaron al rey les diera el permiso de tocar el elefante. Os doy el permiso, ¡tocadlo!... Uno le palpó la trompa, otro la pata, éste el lomo, a aquel lo alzaron un poco para que pudiera tocar las orejas, y a otro lo montaron en el elefante y lo hicieron dar una vuelta... Los ciegos volvieron... Los demás ciegos los rodearon, preguntándoles ávidamente qué clase de ser era esa fantástica bestia que llamamos elefante. El primero dijo: “Es un enorme tubo que se alza con fuerza, se enrosca y ¡desgraciado de ti si te coge!”. Otro afirmó: “es una columna con pelos”. Aquel que había tocado la oreja: “De ningún modo es un muro, sino un grueso tapiz, groseramente tejido, que se mueve cuando se le toca”. Y el último exclamó: ¿qué, estáis

chocheando?. Es una montaña colosal que se pasea. (En: Kazantzakis 1990: 56; edición original en español es de 1954)”.

Es probable que no hayamos podido palpar el elefante completo, pero hemos tratado de hacerlo desde una posición que respeta el principio de realidad, evitando imponer nuestros modelos a la realidad que estudiamos. Aunque somos conscientes de que ella por su complejidad y por nuestras propias limitaciones, es más rica que nuestra interiorización momentánea de la misma. Además, los intereses y aspiraciones de hoy, enmarcados en los diferentes contextos socioculturales, presentan enfoques distintos; sin embargo, no pareciera necesario rechazar las distintas experiencias *ad portas*, sino ser capaces de dialogar con ellas para no excluir la posibilidad de su contribución en entender la totalidad del elefante. Pero, no deja de ser verdad que algunas posiciones inventan un ser fabuloso, surrealista, que no contribuye en nada al acercamiento a la complejidad de la realidad que todo trabajo científico supone.

En este artículo sustentamos nuestra posición de la Arqueología como Ciencia Social, y discutimos, desde ese punto de vista, el resto de las “arqueologías propuestas”. Enmarcándonos, siempre, en la restricción y ampliación simultánea del objeto de una ciencia (Cfr. Kopnin 1966).

Ciencia y Teoría

En una de las acepciones del Diccionario de la Lengua Española (1992), se dice que ciencia es “un cuerpo de doctrina metódicamente formado y ordenado, que constituye un ramo particular del ser humano; y, además, en otra acepción se dice: “conocimiento cierto de las cosas por sus principios y causas”.

Cuando hablamos de la Arqueología como Ciencia Social, siento que deseamos dejar claro una práctica arqueológica que sobrepasa una actuación cualquiera, múltiple o subjetiva, para inscribirse dentro de las exigencias que se demandan a un cuerpo de doctrina, metódicamente formado, de un ramo particular del saber humano y a un conocimiento cierto de las cosas. Los requisitos a que nos referimos, son los que caracterizan al proceso del conocimiento, el que señala una adquisición de conocimiento mediada por la adecuada captación de la realidad sensible.

Esta práctica científica se sustenta en el principio materialista, de que la realidad existe independientemente del sujeto que la conoce. Ahora bien, es de vital importancia aquí que al establecer la relación del objeto y el sujeto en el proceso de aprendizaje, se establezca una verdadera interacción entre ambos. Es decir seamos capaces de lograr un reflejo objetivamente correcto de la realidad. Lo que está directamente relacionado con la creación de un sistema de abstracciones, que refleja el mundo real de la mejor manera posible. Se trata de reproducir lo concreto en la razón. A este nivel nos parece importante explicar esto utilizando el “principio del reflejo” de Kopnin (1966).

“La filosofía marxista superó el divorcio existente entre la ontología y la gnoseología sobre una base materialista, que es la teoría del reflejo. La filosofía marxista parte de que el conocimiento es un reflejo de los fenómenos del mundo exterior y de las leyes de su movimiento en la conciencia de los hombres. Y si esto es así la llamada dialéctica subjetiva (el desarrollo de nuestro pensamiento) no es más que el reflejo de la dialéctica objetiva (el desarrollo del mundo objetivo) y las leyes del pensamiento son el reflejo de las leyes de la naturaleza (Ibid: 27)”.

Ahora bien, el principio del reflejo requiere, un intelecto agente y un objeto activos. Su dinámica implica un reflejo en la mente humana, con el carácter de un proceso continuo, en donde las contradicciones que puedan ocurrir, se resuelven con la práctica. Es decir, las abstracciones se someten a comprobación al ser contrastadas con la realidad o mundo objetivo. De esta manera, se forma la teoría, la que, una vez lograda, se convierte en el punto de partida para continuar estudiando el campo de la realidad por nosotros estudiado, es decir, “las leyes objetivas conocidas (se convierten) en método de ulterior conocimiento” (Ibid: 29).

Ahora bien, el conocimiento es parte de un proceso histórico-social, por lo que, el lugar de éste, depende de cómo el proceso de cambio en la sociedad le de un lugar u otro (Cfr. Kopnin: 50-51).

Esta relación del conocimiento con el proceso histórico-social, mueve a que se planteen las estrategias del conocimiento de manera diferente. De acuerdo con Fontana (1992), estamos asistiendo a un momento de escepticismo general en los modelos anteriores que hacen aparecer, en nombre de

un cientificismo equivocado, “nuevas modas” en el mercado del conocimiento, veamos:

“Lo cual significa, en este caso, la descon-fianza ante cualquier planteamiento teórico, que puede muy bien traducirse en formas de positivismo enmarcadas de posmodernidad, en un eclecticismo superficial o en una sensación de que lo que necesitamos es cambiar con frecuencia el bagaje metodológico, renovándolo de acuerdo con las modas de cada temporada (Ibid: 13)... la tentación de construir una ‘nueva rama de la Ciencia’ ” (Ibid: 56)”.

El mismo autor nos recuerda dos características esenciales de la historia como ciencia social, su espíritu de totalidad y su compromiso científico con la sociedad. El primero tiene claro la necesidad de no caer en el reduccionismo del “fraccionamiento cientificista que nos está conduciendo a investigar minucias carentes de relevancia fuera del ámbito estricto de la sociedad”. El segundo exige que el conocimiento del fenómeno social, permita atender “problemas reales de la sociedad y el hombre. (Cfr. Fontana 1992: 123-126)”. De lo contrario (dice Macera), “todo proyecto reformista sólo vendría a ser una herramienta disimulada de arribismo, una maniobra para engañar por igual a nuevos y antiguos” (Macera 1977: 20, en Fontana 1992: 126).

Nos parece pertinente, para ejemplificar este último punto, citar a un arqueólogo, dice Lumberras:

“... los que hacemos arqueología suramericana somos claramente conscientes de que nuestra tarea compromete directamente nuestros intereses históricos inmediatos. No estamos reconstruyendo cualquier historia, sino la nuestra. No estamos interesados en asumir teorías por el simple compromiso teórico; estamos interesados en hacer ciencia para rescatar, para nuestro tiempo, aquello que se escondió detrás de estos 500 años (1992: 31)”.

Si nosotros aceptásemos las múltiples arqueologías, que han surgido recientemente, sin la crítica necesaria, estaríamos negando el carácter científico que exigimos a la disciplina. La teoría es ciencia, o, por lo menos lo debe ser, puesto que de acuerdo con la teoría del reflejo que hemos comentado, constituye el conjunto de abstracciones que confrontadas con la realidad nos permiten explicar y seguir estudiando nuestro fenómeno de estudio: la dinámica y las características del fenómeno so-

cial americano, anterior a la invasión europea. Por lo tanto, pensar en la conciliación de teorías contradictorias, sólo puede hacerse desde una posición idealista que privilegia el papel del sujeto en el proceso de conocimiento. “De otro modo, habría que inventar la ciencia cada vez que aparece una nueva posición teórica (Argelés *et alii* 1995: 505)”.

Así las cosas, continuaremos nuestra discusión de las llamadas “nuevas tendencias teóricas en la arqueología”, enfatizando que el adjetivo de nuevo y su carácter plural son en sí una contradicción, del carácter acumulativo y unitario que caracteriza a la ciencia como tal. Sin embargo, las múltiples palpaciones que se han practicado desde determinadas cegueras socioculturales, han generado imágenes sesgadas de lo que nosotros consideramos la realidad de la arqueología. Creemos necesario referirnos a tal situación, lo que abordamos desde los tres elementos esenciales que caracterizan a la arqueología como ciencia social: el objeto de estudio, el método y la función social del conocimiento que genera.

Objeto de estudio y realidad

Aclarar el objeto de estudio de la arqueología, permitirá dar una definición de la disciplina.

El objeto de estudio o de conocimiento de una ciencia se refiere al campo de cuestiones que investiga. Dado el carácter histórico del conocimiento humano, por definición, el objeto de estudio de una ciencia es cambiante. Sin embargo, este cambio no es fortuito, sino que depende del “carácter específico del objeto estudiado” y “de la relación entre él y la práctica social de la humanidad”. Hay algo que caracteriza el cambio del objeto en cualquier ciencia: su restricción y ampliación simultáneas. La restricción, está directamente asociada al progreso o desarrollo de la ciencia en cuestión, el que, por razones estratégicas, permite la división en nuevas ciencias relacionadas con un objeto determinado y su propia metodología (Cfr. Kopnin 1977: 13-15). Pero, la misma restricción o separación correcta, nos permite la ampliación del conocimiento real sobre el objeto original. Es necesario enfatizar en lo que estamos llamando la realidad de la separación, es decir, la separación debe darse en el marco de una verdadera lógica dialéctica del fenómeno de conocimiento, sin que la interacción sujeto-objeto privilegie uno u otro de los estímulos

o acciones involucradas, en un proceso que tiene su sentido final en la verdadera interacción de las dos partes. De lo contrario, surgirían divisiones espúreas, producto de posiciones idealistas o empiristas.

La arqueología ha estado siempre asociada con el estudio de lo antiguo, iniciándose con el ordenamiento y clasificación de dichos restos y en un momento ampliándose para abarcar la dinámica social que se encuentra detrás de esos elementos concretos. En su proceso de perfeccionamiento científico, desarrolló experiencias metodológicas y resultados de investigación que la convierten en una disciplina útil no sólo para entender o trabajar el pasado sino, también, la sociedad como una totalidad temporal; de tal manera que podemos afirmar, en cuanto a la arqueología, siguiendo a Argelés *et alii* (1995: 501):

“Su objeto de conocimiento, como el de todas las otras ciencias sociales, es el de encontrar las propiedades, los nexos y las leyes causales que rigen la cambiante sociedad humana. Con ello contribuye a una consistente definición de las alternativas de cambio social y la consecuente toma de posición frente a las necesidades históricas de transformación de la época en que nos ha tocado vivir. Se inserta, por tanto, en el debate actual sobre cuestiones fundamentales de la investigación científica social, tales como la universalidad, diversidad o singularidad de los procesos histórico y la causalidad de los cambios (Cfr. Vicent 1990: 105)”.

Ahora bien, en todo esto, como ya sabemos, es esencial respetar la relación entre la teoría y la realidad; preocupándonos siempre de que la primera no ocupe el lugar que le corresponde a la segunda, de tal manera que nuestro pensamiento debe dirigirse de acuerdo con la naturaleza del propio objeto. Si la confrontación en la práctica de las propuestas abstractas no sigue el camino que exige el método científico del pensamiento que hemos discutido, la ciencia arqueológica no podrá ni abarcar ni comprender su objeto de conocimiento (Cfr. Kopnin 1977: 30).

Si recordamos la característica de restricción y ampliación simultánea del objeto de una ciencia, podríamos preguntarnos por las múltiples divisiones que, de unos años a esta parte, han aparecido en la arqueología: arqueología conductual, arqueología del paisaje, arqueología distribucional, arqueología crítica, arqueología feminista y de géne-

ro, arqueología postprocesual, arqueología post-moderna, arqueología post-estructuralista, arqueología cognoscitiva, arqueología interpretativa, arqueología del capitalismo, etnoarqueología.

El juego de la restricción y de la ampliación, de la búsqueda de conocimiento en arqueología, ha llevado a múltiples situaciones de discusión teórica en la disciplina. Podemos recordar el debate norteamericano entre los histórico-culturales y los proponentes de la llamada arqueología procesual (Binford y Binford 1968). O las diferencias presentadas por los arqueólogos materialistas-históricos (Bartra 1964, Lumbreras 1974).

Si tomamos 1980, como un año en el que la discusión arqueológica toma nuevos caminos, nos encontraremos con la multiplicidad de propuestas comentadas. Pero, creemos posible relacionar a éstas con una suerte de "cultura del debate" que entre 1968 y 1980, como resultado de la discusión promovida por la llamada Nueva Arqueología (Gándara 1980, 1981), se da en el mundo anglosajón. Además, la arqueología que recurre a la teoría de la historia y que se entiende a sí misma como Ciencia Social, la Arqueología Social, continuará, desde la década de los 60's, su conformación como escuela de pensamiento y práctica científica; fundamentalmente en América Latina (Bate 1982, Fonseca 1989, Patterson 1994, Vargas y Sanoja 1995).

Todas las nuevas propuestas, se relacionan con los puntos de inflexión que comentamos y, con lo que concierne a la llamada antropología posmoderna (Cfr. Geertz, Clifford y otros 1988). Algunas de las nuevas propuestas se encuentran mediadas por una realidad sociohistórica que, como marco de actuación, permite una u otra toma de posición; marco que habría que relacionar con el fenómeno llamado de la posmodernidad (Lyotard 1998). Ahora bien, parte de las propuestas son una continuidad del esfuerzo de Binford por mejorar la capacidad de la arqueología en cuanto al potencial interpretativo de su metodología, éstas son: la etnoarqueología tal y como Binford la propone (Binford 1983); la arqueología conductual (Schiffer 1976); la arqueología distribucional (Ebert 1992) y la arqueología del paisaje (Rossignol y Wandsnider 1992). Incluso Ebert (1992), lo explicita claramente al principio de su libro:

"Pero lo más importante (idea), ..., fue la de que para ser científicos, los arqueólogos debemos pensar cuidadosamente y cuestionar, explícitamente y en voz alta, todo y a todos,

toda afirmación y todo supuesto... quizás la Nueva Arqueología, en realidad, no terminará nunca. Hay algunos arqueólogos, sin embargo, que te dirán que ya terminó. Estos promueven otras arqueologías o modos de pensar sobre el récord arqueológico y sus orígenes... Nuevas maneras de pensar sobre algo son bienvenidas, desde luego... La arqueología postprocesual (de muchos modos) es esencialmente un enfoque anticientífico que cuestiona nuestra capacidad de conocer y evaluar conocimiento, en lugar de evaluar la validez de afirmaciones concretas (Ebert 1992: 5-6)". (traducción y paréntesis nuestros).

Binford en una entrevista que se le hiciera, afirmaba que él no había propiciado una renovación teórica sino metodológica. Sin embargo, esta posición simplifica el sentido del concepto de teoría, el que si lo entendemos según la teoría del reflejo, ésta actúa en los diferentes pasos que el agente, que conoce, toma en el proceso de aprendizaje. Pudiendo subdividirse, tal y como lo han señalado diferentes autores (Raab y Goodyear 1984, Schiffer 1988, Trigger 1989, Preucel y Hodder 1996). Schiffer ofrece la siguiente división: Teoría Social, Teoría Reconstructiva y Teoría Metodológica. Esta posición de Schiffer, refleja una visión jerarquizada o escalonada de la teoría, que la divide en los siguientes niveles: bajo, medio y alto. Niveles con relación de dependencia entre uno y otro, en donde el nivel bajo se relaciona con generalizaciones u abstracciones sobre el registro arqueológico; el nivel medio se dedica a relacionar la dinámica del comportamiento sociocultural con la formación de los distintos contextos arqueológicos, y la del nivel alto se relaciona con las teorías generales o sustantivas, que permiten explicar la dinámica social en su magnitud final. Es a este último nivel, en el que la arqueología comparte la teoría con el resto de la Ciencia Social.

La Arqueología Social ha aceptado la necesidad de una división de la teoría, llamándola: teoría sustantiva, teoría de la observación y teoría de lo observable (Cfr. Argelés *et alii* 1995, Gándara 1987), o ha aclarado aspectos de técnica y método (Castro *et alii* 1993, Vila y Estévez 1984). Sin embargo, es notable una diferencia entre las dos propuestas, la primera, la anglosajona, ha caído en un uso restringido de la teoría, especializándose en una arqueología de nivel medio, por lo tanto, convirtiendo en un fin en sí mismo lo que no puede en-

tenderse más que como una parte del trabajo de investigación en arqueología (Shiffer 1988: 478-479).

La arqueología como Ciencia Social ve a la teoría de la observación,¹ como una mediación entre los fenómenos que representan la realidad concreta y la teoría sustantiva que trata de entenderlos en su universalidad. La relación entre ellos es indispensable, de otro modo se cae en que:

“Gran parte de las categorías con las que se maneja la arqueología contemporánea surgieron de una teoría de la observación – no siempre enunciada sistemáticamente – preñada de enunciados idealistas tales como los que proceden del relativismo cultural, del particularismo histórico o del funcionalismo. (Argelés *et alii*, 1995: 505)”.

A nuestro juicio, en estos casos, dada la naturaleza misma de las teorías sustantivas mencionadas, es más fácil caer en el hecho idealista de quedarse o “profesionalizarse” en teorías que no explican el objeto de conocimiento de la arqueología sino que enfocan aspectos del objeto de trabajo; confundiendo el fin último de la ciencia, con el ejercicio de la misma en cualquiera de sus partes.

Algunos arqueólogos anglosajones han enfatizado en aspectos particulares del todo social: Arqueología Feminista (Preucel y Hodder 1996, Spector 1996) o Arqueología Cognitiva o Interpretativa, la que enfatiza en los aspectos interpretativos de la teoría (Renfrew 1994). De algún modo podemos ver en estas prácticas, una suerte de teoría de nivel medio o de la observación que resalta la metodología y las abstracciones necesarias en el proceso de interpretar una u otra parte del todo social. Otra vez, el problema es el caer en el reduccionismo de considerar en sus prácticas, dirigidas a una parte del todo social, el principio y fin de toda la arqueología. Lógicamente que, la solidez de sus propuestas, dependerán de la relación que logren establecer con la comprensión general del fenómeno social estudiado.

Otras de las arqueologías que se proponen, se orientan como prácticas que buscan una relación particular con determinadas posiciones teóricas

sustantivas. Entre ellas, deseamos señalar la llamada Arqueología Crítica, la que enmarcada, fundamentalmente, en Estados Unidos, se basa en el marxismo y trata de relacionar arqueología y política:

“La Teoría Crítica, esencialmente un esfuerzo de explorar y contribuir a los logros de Marx en torno a la naturaleza del conocimiento de la sociedad, se aplica cada vez más en las ciencias humanas. Se invita a los arqueólogos a considerar la teoría crítica evidenciando que la arqueología en determinadas situaciones se usa para servir a fines políticos y para la creciente controversia sobre la propiedad y control de los restos y de las interpretaciones del pasado (Leone, Potter y Shackel 1987: 283, nuestra traducción)”.

Su relación con el marxismo deja clara la interacción con el materialismo histórico, y por lo tanto la separación de las nuevas propuestas que sustentan posiciones claramente idealistas y relativistas: la arqueología postmoderna, postestructural, contextual e interpretativa.

La búsqueda del conocimiento y el interés del investigador

La multiplicidad de enfoques teóricos podemos caracterizarlos de un verdadero caleidoscopio (Preucel y Hodder 1996: 6). Algunos son, incluso, de carácter personal. Señalan estos autores que se pueden caracterizar por posiciones que se oponen entre sí: materialismo versus idealismo, estructura versus agente, objetivismo versus subjetivismo. Se pueden comprender la multiplicidad de posiciones teóricas, como un resultado de la relación que hay entre la generación de conocimiento y el contexto social o, mejor dicho, los contextos sociales en que la actividad del aprendizaje se desarrolla. La época en que vivimos es, particularmente, multifacética y radical en términos de cambios socioculturales.

Podríamos aceptar que las distintas posiciones, se agrupan actualmente en: **Particularismo Histórico**: también conocido como enfoque histórico-cultural; se trata del análisis e interpretación de los materiales arqueológicos, en términos de su posición en el espacio y en el tiempo (Willey y Sabloff 1975). Se hacen las necesarias divisiones en el espacio-cultural y en las cronologías culturales; ade-

(1) En algunos casos, los autores unifican la teoría de la observación y la teoría de lo observable (Cfr. Argelés *et alii* 1995).

más se utiliza la información que caracteriza los materiales en el tiempo y en el espacio para presentar modelos de interacción y cambio sociocultural.

La arqueología procesual, se opone a la anterior por descriptiva y estática (Binford 1968), y, en su lugar, se preocupa por entender los procesos o dinámicas socioculturales. Parte de una concepción sistémico-ecológica que señala a las sociedades como sistemas adaptativos en una continua dinámica.

La arqueología post-procesual, hace una crítica que adopta una posición de discusión del relativismo, la hermenéutica y el realismo. Su posición particular ha sido llamada: Arqueología Interpretativa (Tilley 1993), la que, principalmente, sostiene que: el pasado se construye desde diferentes perspectivas, se debe considerar el papel que juegan los agentes en la dinámica sociocultural. Hay una relación, importante de tomar en cuenta entre la estructura y la práctica y, por último, que el cambio social es histórico y contingente. (Cfr. Preucel y Hodder 1996: 6-11).

Para entender esta posición múltiple, dentro de la arqueología, es nuestra opinión, que es necesario hacerlo desde una perspectiva que tome en cuenta lo siguiente: 1) El fenómeno de ampliación y separación, que caracteriza al conocimiento; 2) El contexto o momento sociocultural, desde el que se conoce; el que permitirá orientar los trabajos en el marco de un interés o de otro.

Desde nuestro primer punto, hay una acumulación continua del conocimiento, a medida que se avanza en las experiencias con el objeto de conocimiento y con el objeto de trabajo. Esta ampliación del conocimiento no trata de negar la importancia de ciertos logros metodológicos y técnicos, ni la teoría de los aspectos iniciales del trabajo, que se constituyen en pasos necesarios de toda investigación, si se desea pasar a otros intereses de trabajo. Esta es la relación que se ha establecido entre toda la experiencia histórico cultural y la procesual; en realidad lo que se ha dado es una ampliación y complementación de enfoques. Incluso las nuevas posibilidades pueden empezar a crear separaciones dentro de la disciplina que en realidad no lo son, pues, necesariamente, no se niegan entre sí, su carácter puede ser perfectamente complementario.

Parece que el ejercicio de una u otra posibilidad, está marcado por el contexto histórico social, como es lógico (Cfr. Kristiansen 1993); pero, debemos tener presente que este fenómeno, como hemos dicho, es diferente o se ve retroalimentado

por el grado de acumulación alcanzado por la disciplina en cuestión.

Esta situación de aparente separación, se resalta, como fenómeno, con la arqueología post-procesual o post-moderna. Pero, en este caso, el nuevo contexto sociohistórico lleva a ampliaciones compatibles y a otras incompatibles. En un momento dado, las separaciones no se dan como resultado de las posibilidades que la ampliación del conocimiento presenta. Parece tratarse de una posibilidad de ampliación diferente, la que se enmarca en las posibilidades generales que la práctica que el aprendizaje intelectual permite al ser humano. Pensamos en los intereses y posibilidades cognoscitivas, presentadas por Habermas (1992), (Cfr. Mc Carthy 1995); nos referimos a los intereses analítico, hermenéutico y crítico.

Parece, entonces, que para estudiar la teoría en arqueología, es necesario tener presente siempre el marco global o total, desde el que se adopta una u otra posición. A este nivel, tenemos que mencionar la posición individual de cada autor o arqueólogo. Su posición puede ser la de desconocer todo lo que se diferencia de su nuevo interés o propuesta, llegándose a confundir nuevos aspectos del trabajo arqueológico con la totalidad de la disciplina. Así entendemos, por ejemplo, que la arqueología feminista o de género, la arqueología del significado, la arqueología de la muerte, o, la arqueología conductual, para citar ejemplos, no niegan el resto de la arqueología sino que, más bien, la amplían en los términos que hemos venido hablando hasta ahora.

Pero, pueden llegarse a confundir nuevos intereses y, por lo tanto, nuevas prácticas, con el fin de algunas y el inicio de otras disciplinas. En este caso, cabe preguntarse si lo que se propone es o no arqueología. Por ejemplo, la posición de algunos de que: “no hay manera de decir con certeza que ocurrió ‘real’ o ‘verdaderamente’ en el pasado. Una posición relativista extrema que ha sido introducida recientemente en arqueología por un grupo pequeño de autores posestructuralistas” (Preucel y Hodder 1996: 525), (Cfr. Bapty 1990). Podemos ver que éstos críticos resaltan que la manera en cómo nosotros reconstruimos el pasado puede siempre ser desconstruido, para demostrarse que nos basamos en supuestos arbitrarios y que su supuesta coherencia es internamente contradictoria. En estos casos, el énfasis se da en el lenguaje y la representación, antes que en la evidencia ma-

terial que permite la interpretación arqueológica (Preucel y Hodder 1996: 525). Por lo tanto, el objeto de trabajo es otro y, entonces, cabe pensar que nos encontramos ante un tipo de práctica del conocimiento diferente a la arqueología. Probablemente, relacionado con el método de Derrida de la desconstrucción, por lo demás, la técnica por excelencia del postestructuralismo primero y de la crítica post-moderna después (Reynoso 1988: 18).

Para concluir este apartado, podemos resaltar el carácter de totalidad que conforma la teoría arqueológica. Desde esta perspectiva, hay separaciones y negaciones aparentes que, al verse en el marco histórico total de la disciplina como práctica del conocimiento, llegan a entenderse y relacionarse, incluso complementariamente, entre sí. Por otro lado, se dan ciertas críticas de lo actuado por la arqueología como ciencia, que no pueden nunca sustituir a ésta, sino convertirse en una disquisición filosófica.

De las exigencias del objeto de trabajo

El objeto de trabajo de la arqueología, al mismo tiempo que nos hace específicos dentro de la Ciencia Social, exige la acumulación de experiencias continuas que nos permitan mejorar nuestras posibilidades de interpretación, por lo tanto, la explicación del pasado. La metodología en arqueología ha venido ampliando las posibilidades de su método, sus técnicas y el marco conceptual que las acompaña (teoría de la observación y de lo observable). Pero, creemos pertinente aclarar que aún, a este nivel, se generan confusiones que tratan de elevar algún aspecto de la metodología al rango de toda la disciplina y no a una parte como corresponde. Un ejemplo claro de ello es la etnoarqueología, la que “se ha identificado a veces ... con el estudio de la cultura material de pueblos vivos desde una perspectiva arqueológica” (Hernando 1995: 18), por lo que puede convertirse o ejercerse haciendo estudios “arqueológicos” de grupos o sociedades actuales, sin ningún interés en el estudio del pasado. Se trataría entonces de una práctica ajena a la arqueología.

Lo mismo ocurre con otras ayudas, que puede utilizar el arqueólogo para su trabajo. La tafonomía es un caso, se trata del interés por entender la dinámica de los restos o contextos arqueológicos. Partiendo del hecho de que:

“Cuando observamos y registramos la realidad arqueológica (o manifestación del objeto) como ‘materia’ arqueológica, esta ofrece indicios de la naturaleza dinámica de su formación. Lo que queda de todo lo que desembocó en lo que ahora observamos, ese reducto que solemos definir como arqueológico, no sólo es el resto infinitesimal de una probable manifestación, ni tan siquiera la huella de su desintegración, sino una nueva manifestación. En el mejor de los casos, la evidencia arqueológica es un simple resto maltrecho de los sucesos que la produjeron”. (Castro *et alii* 1993: 20).

Ante esta situación se dan una serie de preguntas que requieren explicación:

- ¿ Qué parte del contexto arqueológico está representado en el registro y por qué?
- ¿ Por qué no se conservan todos los restos?
- ¿ Por qué unos se conservan mejor que otros?
- ¿ Por qué se encuentran en áreas concretas?
- ¿ Por qué están agrupados, estructurados o dispersados de una manera determinada?

La arqueología toma entonces de la paleontología, la tafonomía que trataba de conocer la “historia” de los ensamblajes óseos (Blasco 1992), la que de alguna manera se une a otros esfuerzos similares, como los llamados procesos de formación y transformación del récord arqueológico (Cfr. Schiffer 1996). Formando parte todo esto de una teoría de la observación y de lo observable.

Otra vez el problema es quedarse en estas actividades, como si ellas representaran el principio y fin de la arqueología (Cfr. Castro *et alii* 1993).

Sobrepasar las metodologías y disciplinas auxiliares debe lograrse, al considerar la arqueología como ciencia social. En donde todas ellas coadyuvan al logro del objetivo último; el estudio del ser social; en nuestro caso de su pasado. Otra vez, la visión de totalidad, sobrepasa la compartimentalización o división de la realidad o de las herramientas que utilizamos para conocerla (Cfr. Castro *et alii* 1993, Clemente 1997, Estévez y Vilá 1995, Vilá 1985, Vilá y Estévez 1989, Vilá *et alii* 1995).

Del contexto histórico – social y de la función social de la Arqueología

El contexto histórico-social que permite las nuevas propuestas de una arqueología posmoderna,

es el que considera una serie de transformaciones infraestructurales a nivel mundial, como elementos que exigen una ruptura en el orden del conocimiento. A un pensamiento dominado por la idea de una historia del conocimiento, que resalta la acumulación continua y progresiva del mismo, se le oponen otras opciones, tales como las mentalidades antiguas o primitivas, que antes de una concepción histórica se basan en una de carácter naturalista y cíclico. Los análisis hermenéuticos se preferirán a los enfoque analíticos (Kristiansen 1993). La posmodernidad presenta el “fin de la historia”, como la superación de la categoría de lo nuevo (Cfr. Reynoso 1998). El trabajo con los textos escritos y no escritos, sustituye a los estudios de dinámica histórica; incluso, con los textos hasta ahora producidos por los antropólogos, en términos de la metodología de la desconstrucción de Derrida (1974).

La teoría en el sentido que la hemos presentado en este trabajo, ha sido siempre una amenaza del sector académico tradicional, por lo que este sector conservador, en su lucha contra la teorización real, adoptó el ropaje de la teoría, en una suerte de discusiones sobre las discusiones; del discurso al metadiscurso, y de él al metametadiscurso (Fontana 1992: 98). Surge así una excusa para justificar el abandono de la investigación primaria. Una manera de estar presente sin realizar el trabajo requerido, lo que se puede resumir en la siguiente cita: “Un crítico es alguien que mea en un río y dice: ‘Miren la gran corriente que he hecho’”. (Frost, en Reynoso 1988: 55)”.

Es claro que estas nuevas posiciones posmodernas, asumen una posición idealista que privilegia al sujeto en desmedro de la realidad estudiada (Cfr. Kristiansen 1993). Pero, se da también en ellas la negación de la función social de la Ciencia Social. Pues ante la posición posmoderna de que “todo vale” solo cabe pensar, como dice Reynoso, que “todo siga igual”. El postmodernismo plantea que el compromiso con una u otra teoría antropológica no tiene que ver ni con la política ni con la moral (Reynoso 1998: 59). Sin embargo, algunos autores han argumentado, con razón, que sus premisas se pliegan al programa político del neoliberalismo (Jameson, en Reynoso 1998: 59).

La inmoralidad del planteamiento posmoderno, ha sido, tal y como señala Reynoso, magistralmente expresado por Harris:

“La doctrina de que todo hecho es ficción y toda ficción un hecho, es moralmente depravada. Confunde al atacado con el atacante; al torturado con el torturador; al asesinado con el asesino. Qué duda cabe que la historia... (nos la pueden contar los diferentes actores)... Pero sólo un cretino moral sostendría que todas estas historias son igual de verdaderas”. (En Reynoso 1988: 59). (Lo que está en paréntesis es nuestro).

Volviendo a la arqueología, nos parece acertada la afirmación de Vicent (1990: 103), de que el llamado “debate posprocesual” ha vuelto a establecer la discusión en los términos de una contraposición entre las tradiciones marxista y conservadora de las ciencias sociales, y no, exclusivamente, entre los enfoques arqueológicos procesuales o postprocesuales. Se trata de una toma de posición contra el materialismo y el objetivismo en las ciencias sociales.

Se proclama una “libertad de valores”, en las ciencias sociales, en oposición a la idea de un compromiso, de la práctica de investigación social, con la conservación del orden social vigente o con su crítica y transformación (Ibid: 104). La falacia ideológica de la “libertad de valores” ha sido reconocida incluso por el debate posprocesual (Shanks y Tilley 1989: 62, en Vicent 1990: 105).

“...la arqueología que Hodder propone es ‘conservadora’, no tanto en relación a la teoría arqueológica sino en sus implicaciones éticas, sociales y políticas”. (Vicent 1990: 106, nuestra traducción)”.

En fin, el postmodernismo en arqueología y su debate, niega aspectos esenciales de una arqueología materialista, de una arqueología social, de una arqueología como historia, niega su objeto, su método y la concepción que ella tiene de su compromiso social.

Conclusiones

El trabajo ha tratado de reflexionar sobre lo que se puede considerar: “Nuevas Tendencias Teóricas en la Arqueología”. Pero, si por nuevo entendemos aquello que viene a sustituir, con derecho, a lo que se puede considerar viejo, creo que tendríamos que cambiar el título de la actividad que nos convoca, para hablar del debate posprocesual o posmoderno, un

debate que puede pensarse en términos de una polémica ya superada, la de idealismo versus materialismo en el método científico. Para parafrasear a Gándara, quizás no estamos ante una “Vieja Nueva Ar-

queología” pero sí ante una “Vieja Nueva Polémica”, que aspira a hacernos creer que la realidad del elefante, corresponde a múltiples interpretaciones propias, antes que nada, del solipsismo.

FONSECA-ZAMORA, O.M. About the elephant and other wonders of reality: the Archaeologies of Solipsism and Archaeology as Social Science. *Rev. do Museu de Arqueologia e Etnologia*, São Paulo, 8: 3-14, 1998.

ABSTRACT: This essay, discusses different theoretical approaches of contemporary archaeology. It refers to the understanding of the new theoretical proposals in archaeology, and what they offer us. The author works from his previous experience, from an archaeology that understands it self as Social Science. The individual interests and the socio-economical conditions of our days, promote an archaeology of the solipsism without social conscience, lacking clarity about the social function it must accomplish. The present debate, is, in fact, an old polemic we should consider exhausted, that of idealism versus materialism in the scientific method. The solipsism we are discussing, makes reference to the fact that, in the environment of anarchism and relativism, in which the new theoretical currents of archaeology are framed, the individual interests and incapacitates are being promoted over scientific archaeology.

UNITERMS: Archaeology – Theory – Methodology – Social Science – Postmodernism – Idealism/Materialism.

Bibliografía

- ARGÉLES, T.; BONET A.; CLEMENTE, I.; ESTÉVEZ J.; GIBAJA J.; LUMBRERAS L. G.; PIQUÉ R.; RÍOS M.; TAULÉ M.A.; TERRADAS X.; VILA, A.Y.; WÜNSCH, G.
1995 Teoría para una Práctica. Splendor 'Realitatis' *Primer Congreso de Arqueología Peninsular*, Porto: 501-507.
- BLASCO SÁNCHEZ, M.F.
1992 *Tafonomía y Prehistoria: Métodos y Procedimientos de Investigación*. Departamento de Cultura y Educación, Gobierno de Aragón, Zaragoza.
- BAPTY, I.; YATES, T. (Eds.)
1990 *Archaeology After Structuralism: Post Structuralism and the Practice of Archaeology*. Londres.
- BAPTY, I.
1990 Nietzsche, Derrida and Foucault: Re-excavating the Meaning of Archaeology. I. Bapty; T. Yates (Eds.) *Archaeology After Structuralism*. Londres: 240-277.
- BARTRA, R.
1964 La Tipología y la Periodificación en el Método Arqueológico. *Marxismo y Sociedades Antiguas*. México, Editorial Grijalbo: 45-95.
- BATE, L.F.
1982 Relación general entre la teoría y el método en arqueología. *Teorías, métodos y técnicas en arqueología*. Instituto Panamericano de Geografía e Historia, México: 3-50.
- BINFORD, S.R.; BINFORD, L.R. (Eds.)
1968 *New Perspectives in Archaeology*. Chicago, Aldine.
- BINFORD, L.R.
1983 *In Pursuit of the Past: Decoding the Archaeological Record*. New York, Thames and Hudson.
- CASTRO, P.V.; LULL, V.; MICÓ, P.R.
1993 Arqueología: algo más que Tafonomía. *Arqueología Espacial*, Teruel, España, 16-17: 19-28.
- CLEMENTE CONTE, I.
1997 *Los Instrumentos Líticos de Tunel VII: Una aproximación Etnoarqueológica*. Universidad Autónoma de Barcelona, España.
- DERRIDA, J.
1974 *Of Grammatology*. Baltimore, John Hopkins University Press [Trad. esp: De la Gramatología, Buenos Aires, Siglo XXI].

- EBERT, J.Y.
1992 *Distributional Archaeology*. Albuquerque, University of New Mexico Press.
- ESTÉVEZ, J.; VILÁ M.A. (Eds.)
1995 *Encuentros en los Conchales Fueguinos*. Universidad Autónoma de Barcelona, CSIC.
- FONSECA ZAMORA, O.M. (Ed.)
1988 *Hacia una Arqueología Social*. Editorial Universidad de Costa Rica.
1989 *La Arqueología como Historia. Historia: Teoría y Métodos*. San José, Costa Rica, Editorial Universitaria Centroamericana (EDUCA): 67-97.
1990 *A Arqueologia como História. Dédalos*, Revista do Museu de Arqueologia e Etnologia da Universidade de São Paulo, Brasil, 28: 39-62.
- FONTANA, J.
1992 *La Historia Después del Fin de la Historia*. Barcelona, Crítica.
- GÁNDARA, M.
1980 *La Vieja Nueva Arqueología. Primera parte. Boletín de Antropología Americana*. I.P.G.H., México, 2: 7-46.
1981 *La Vieja Nueva Arqueología. Segunda parte. Boletín de Antropología Americana*. I.P.G.H., México, 3: 7-70.
1987 *Hacia una Teoría de la Observación en Arqueología. Boletín de Antropología Americana*. I.P.G.H., México, No. 15: 5-14.
- GEERTZ, C., CLIFFORD, J. y otros
1988 *El Surgimiento de la Antropología Posmoderna*. Barcelona, Editorial Gedisa.
- HABERMAS, J.
1982 *Conocimiento e Interés*. Madrid, Taurus (Primera edición).
- HARRIS, M.
1982 *El Materialismo Cultural*. Madrid, Alianza Editorial.
- HERNANDO, G. A.
1995 *La Etnoarqueología Hoy: Una Vía Eficaz de Aproximación al Pasado. Trabajos de Prehistoria*, Madrid, 52 (2): 15-30.
- HODDER, I.
1986 *Reading the Past: Current Approaches to Interpretation in Archaeology*. Cambridge, Cambridge University Press.
1991 *Postprocessual Archaeology and the current Debate*. Robert W. Preucel (Ed.) *Processual and Postprocessual Archaeologies: Multiple ways of knowing the Past*. Center of Archaeological Investigations, Southern Illinois University, Occasional Paper 10: 30-41.
- KAZANTZAKIS, N.
1990 *Cristo otra vez crucificado*. Argentina, Ediciones LOHLE.
- KOPNIN, P.V.
1966 *Lógica Dialéctica*. México, Grijalbo.
- KRISTIANSEN, K.
1993 *El Cicle Teòric. Discussió D'Algunes Oposicions Universals en la Interpretació Històrica. Cota Zero*, 9: 96-101.
- LEONE, M.P.
1995 *A Historical Archaeology of Capitalism. American Anthropologist*, 97: 251-68.
- LEONE, M.P.; POTTER, P.B.; SHACKEL, P.A.
1987 *Toward a Critical Archaeology. Current Anthropology*, 28 (3): 283-301.
- LUMBRERAS, L.G.
1987 *La Arqueología como Ciencia Social*. México, Ediciones Librería Allende, S.A.
1992 *La Arqueología Sudamericana: Tres Décadas*. Betty J. Meggers (Ed.) *Prehistoria Sudamericana: Nuevas perspectivas*. Washington, Editorial Taraxacum: 27-32.
- LYOTARD, J.-F.
1998 *La Posmodernidad: Explicada a los Niños*. Barcelona, Editorial Gedisa.
- MACERA, P.
1977 *La historia en el Perú: Ciencia e Ideología. Trabajos de Historia*. Vol. I. Lima, Instituto Nacional de Cultura: 3-20.
- Mc CARTHY, T.
1995 *La Teoría Crítica de Jürgen Habermas*. Madrid, Editorial Technos (Primera edición 1987).
- OSWALT, W.H.
1974 *Ethnoarchaeology*. Clewlow Jr. (Ed.) *Ethnoarchaeology*. Monograph IV. C.W. Archaeological Survey and Institute of Archaeology. Los Angeles, University of California: 3-26.
- PATTERSON, T.C.
1994 *Social Archaeology in Latin America: an appreciation. American Antiquity*, 59 (3): 531-537.
- PINSKY V.; W. ALISON (Eds.)
1995 *Critical Traditions in Contemporary Archaeology*. Albuquerque, University of New Mexico Press.
- PREUCEL, R.W.; HODDER, I.
1996 *Understanding Sex and Gender*. Robert W. Preucel; Ian Hodder (Eds.) *Contemporary Archaeology in Theory: A Reader*. Oxford, Inglaterra, Blackwell Publishers: 415-430.
- RAAB, L.M.; GOODYEAR, A.C.
1984 *Middle Range Theory in Archaeology. American Antiquity*, 49: 255-68.
- REAL ACADEMIA ESPAÑOLA
1992 *Diccionario de la Lengua Española*. Madrid, Editorial Espasa Calpe. Madrid. Tomos I - II.
- RENFREW, C.
1994 *Toward a Cognitive Archaeology*. A. Colin Renfrew; E. Zubrow (Eds.) *The Ancient Mind: Elements of Cognitive Archaeology*. Cambridge.
- REYNOSO, C.
1998 *Presentación. Geertz: Clifford y otros, El Surgimiento de la Antropología Posmoderna*. Barcelona, Editorial Gedisa: 11-60.
- ROSSIGNOL, J.; WANDSNIDER, L.A. (Eds.)
1992 *Space, Time and Archaeological Landscapes*. New York, Plenum Press.
- SCHIFFER, M.B.
1976 *Behavioral Archaeology*. New York, Academic Press.

SCHIFFER, M.B.

1988 The Structure of Archaeological Theory. *American Antiquity*, 53 (3): 461-485.

1996 *Formation Processes of the Archaeological Record*. Salt Lake City, University of Utah Press (Publicación original de 1987).

SHANKS, M.; TILLEY, C.

1988 *Social Theory and Archaeology*. Albuquerque, University of New Mexico Press.

SPECTOR, J.D.

1996 What This Awl Means: Toward a Feminist Archaeology. Robert W. Preucel; Ian Hodder (Eds.) *Contemporary Archaeology in Theory: A Reader*. Oxford, Inglaterra, Blackwell Publishers: 485-500.

TILLEY, C. (Ed.)

1993 *Interpretative Archaeology*. Oxford, Inglaterra.

TRIGGER, B.

1989 *A History of Archaeological Thought*. Cambridge.

VARGAS ARENAS, I.; SANOJA OBEDIENTE, M.

1995 La Arqueología como Ciencia Social y su Expresión en América Latina. *Revista de Arqueología Americana*. I.P.G.H., México, 9: 141-163.

VICENT, J.M.

1990 El Debat Postprocessual: Algunes Observacions 'Radicals' Sobre una Arqueologia 'Conservadora'. *Cota Zero*, 6: 102-107.

VILA MITJÁ, A.

1985 Los Instrumentos de Trabajo en el Paleolítico. *Revista de Arqueología*, 45: 24-31.

VILA A.; ORQUERAL; PIANA, E.; ESTÉVEZ, J.; YLL., E.

1985 Arqueología en el Canal Beagle (Tierra del Fuego, Argentina)". *Revista de Arqueología*, 52: 14-21.

VILA A.; ESTÉVEZ, J.

1989 'Sola Ante el Peligrò': la Arqueología Ante las Ciencias Auxiliares. *AEspA*, 62: 272-278.

WILLEY, G.R.; SABLOFF, J.A.

1975 *A History of American Archaeology*. San Francisco, Freeman.

Recebido para publicação em 26 de agosto de 1998.